

Educación, amor, ética... caminos para construir un sueño: la escuela inclusiva

Miguel López Melero

Universidad de Málaga (España). Facultad de Ciencias de la Educación. Campus de Teatinos, 29071 Málaga. Tlfno. (952) 131096. Fax (952) 131460. E-mail:

melero@uma.es

(Recibido Julio 2006; aceptado Diciembre 2006).

Biblid (0214-137X (2005) 21; 11-27)

Resumen

En este ensayo planteo, fundamentalmente, dos cosas, una mi consideración y cariño por el profesor Ramón Porras, simbolizado por ese triángulo en su vida que es la educación, la ética y el amor (como respeto al otro como legítimo otro) y dos, que precisamente, la educación, la ética y el amor son los caminos para construir la escuela inclusiva. Subrayo mi deseo de dejar claro que no se debe confundir integración educativa con educación inclusiva y que, probablemente, esta confusión ha generado interpretaciones dispares que están originando una serie de barreras para la presencia, aprendizaje y participación de las personas y culturas diferentes en las aulas de las escuelas públicas.

Palabras claves: Educación, Integración, inclusión, ética, respeto, amor, cultura de la diversidad, Democracia.

Summary

In this essay I will deal with, fundamentally, two issues: on the one hand, my regards and love towards the professor Ramón Porras, symbolised by a triangle formed by education, ethics and love (as respect towards others as legitimate) always present in his life. On the other hand, the fact that, precisely, education, ethics and love are the ways to build inclusive school. I highlight my desire to make clear that integrative education and inclusive education should not be confused and that, probably, this confusion has created a series of barriers for different people and cultures to be present, participate, and learn in public school classrooms.

Key words : Education, Integration, Inclusion, Ethics, Respect, Love, Culture of Diversity, Democracy.

Résumé

Dans cet essai je présente notamment deux idées : la première, ma considération et mon affection pour le professeur Ramón Porras, représenté par le triangle que forment l'éducation, l'éthique et l'amour (en tant que respect d'autrui), et la seconde, le désir de montrer que justement l'éducation, l'éthique et l'amour sont les chemins pour construire l'école inclusive. J'insiste sur le fait qu'il ne faut pas confondre l'intégration éducative avec l'éducation inclusive, et que c'est peut-être cette confusion celle qui a provoqué les interprétations différentes qui produisent, à l'heure actuelle, une série d'obstacles à la présence, à l'apprentissage et à la participation des personnes et des cultures différentes dans les classes des écoles publiques.

Mots-clé : Éducation, intégration, inclusion, éthique, respect, affection, culture de la diversité, démocratie.

"Nosotros, los seres humanos, somos animales amorosos. Nos enfermamos de cuerpo y alma cuando se nos priva de amor a cualquier edad, y la primera medicina es el amor. Este es el resultado de nuestra historia evolutiva biológica, tanto en sus aspectos fisiológicos como culturales (...) Nosotros los seres humanos somos el presente de tal proceso, y consideramos que el rasgo central de la vida alrededor del cual todo lo demás cambió, fue la biología del amor" (MATURANA, H. 1998, p. 50).

Introducción

Es un honor para mí colaborar al merecido homenaje que le otorga la Revista Tavira al profesor Ramón Porras. Me pregunto ¿qué puedo yo decir de Ramón que no vayan a decir sus compañeras y compañeros mejor que yo? De manera automática mi pensamiento voló hacia atrás como si quisiera recuperar cómo conocí a Ramón Porras y se agolparon en mi mente varias palabras que me hablaban de él: educación, orientación, ética, amor, compromiso, escuela inclusiva... y pensé que mi pequeña colaboración debía ir por este sentido, porque considero que define muy bien lo que yo conozco del profesor y, además, la educación, la ética y el amor constituyeron el triángulo que Ramón eligió en su vida profesional y personal como orientador y como profesor.

Por ello he titulado este breve ensayo como *Educación, amor, ética... caminos para construir un sueño: la escuela inclusiva*, porque considero que Ramón siempre tuvo *un sueño* y es ver en las escuelas que frecuentaba como las niñas y los niños convivían en igualdad de condiciones de género, etnia, handicap o religión. Pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de educación? ¿de qué hablamos cuando hablamos de amor?. Y la ética ¿qué papel ocupa en nuestra vida?. ¿Cuál de todos ellos constituye el verdadero sentido de lo humano? ¿La educación, el amor, la ética?

Considero que *el amor* es, no sólo el origen del ser humano sino el propio acontecer humano y *la educación* el camino para vivir en el amor diariamente. Y *la ética* es la salsa de vivir una vida buena. En el buen sentido de la palabra. Y todo ello, a mi juicio, ha constituido el camino de la vida en Ramón. El amor es un fenómeno que pasa, que ocurre en algunos momentos muy determinados de nuestro existir. Y así, pienso yo, que debió ocurrir cuando nos conocimos.

Un día se presentó en el despacho de la facultad. Yo tenía algunas noticias de él, de su buen hacer como profesor y orientador en tierras gaditanas. Nos presentamos y hablamos. Hablamos de sus preocupaciones y de las mías. Había coincidencias. Él quería hacer un trabajo distinto del que venía haciendo para que la escuela pública ejerciera como tal desde la 'integración educativa', yo le comentaba que la escuela pública será auténticamente pública cuando el profesorado comprenda que no sólo se deben aceptar las diferencias de las niñas y de los niños en las clases, sino cuando el profesorado vaya a la escuela todos los días a aprender de ellas. Y yo creo que en esto consiste la educación inclusiva, donde la presencia de las personas excepcionales en las aulas requiere una transformación en las pedagogías del profesorado que le hacen mejorarse como tal. Más tarde el profesor Ramón Porras nos sorprendió con un hermoso libro: *Una escuela para la integración educativa. Una alternativa al modelo tradicional*, donde 'repiensa' su experiencia educadora y orientadora. Y lo hace con generosa humildad, pero muy rigurosamente, sobre lo que debe ser la integración educativa; pero también un poco entristecido porque, muy a pesar de considerar las diferencias humanas como valor y derecho, las prácticas educativas en las escuelas que él conoce no son prácticas inclusivas en ese sentido.

Con este libro Ramón hace una maravillosa contribución al conocimiento, a la comprensión y al respeto de las diferencias humanas y de la cultura de la diversidad al traspasar las fronteras de la teoría e invitarnos a un compromiso con la acción, porque lo que hay en juego es la construcción de una nueva axiología en la escuela pública partiendo del amor al otro como legítimo otro en la convivencia. Ciertamente la escuela inclusiva exige otro modo de convivir en la escuela, donde las niñas y los niños, conjuntamente con el profesorado y las familias, se han de unir en la noble tarea de educar y de educarse. Sólo en esta colaboración y en la preocupación de que nuestras acciones repercuten en los demás se puede entender la educación como compromiso ético, porque nos humaniza. La educación inclusiva, como compromiso ético, es una manera de humanizarnos.

El compromiso ético de la escuela pública no radica en ser una escuela integradora, sino en la lucha contra las desigualdades y la segregación, incluso más allá de nuestra propia existencia, a partir de los principios éticos en los que creemos, aunque no haya ningún margen 'razonable' de que obtengamos algún éxito en nuestro esfuerzo, sólo el valor simbólico de estar siempre en lucha contra la discriminación. Esta manera de pensar basada en la cultura de la diversidad es sinónimo de inclusión, y es a lo que Ramón denomina 'integración educativa'. La cuestión que le ha preocupado siempre al profesor Ramón Porras ha sido si la práctica educativa en las escuelas contribuye a formar una ciudadanía ilustrada, eficiente, democrática y sensible con la diversidad. Yo comparto con él esta preocupación y es por esto que me aventuro a escribir este pequeño ensayo como reconocimiento a Ramón de una vida entregada a la educación.

La educación como espacio para convertirnos en seres humanos

Sabemos que a la escuela van niñas y niños a convivir como tales y a aprender unos de otros. La escuela es un lugar para educar en la convivencia y no sólo para transmitir conocimientos, sino para aprender a descubrirlos de manera compartida con los demás, y entre todos saber buscar las estrategias para ir dándole respuesta a las situaciones problemáticas que se presenten en clase. Este acto de descubrimiento del conocimiento no es una actividad a la que se ha de enfrentar de manera individual y sola cada niña y cada niño, al contrario, es una actividad que tiene sentido si se realiza de manera cooperativa. Por eso digo que la escuela es un lugar para aprender en la convivencia. Necesitamos elaborar proyectos educativos en este sentido, que bien se podría denominar genéricamente: *Aprendamos a convivir juntos desde las diferencias*. Necesitamos un modelo educativo intercultural que sea capaz de educar a una ciudadanía comprometida con la diversidad para llegar a construir una sociedad, asimismo, intercultural. Una ciudadanía que comprenda, defienda y promueva las diferencias humanas como valor y derecho humano desarrollando la convivencia democrática entre las diferentes culturas.

Esta nueva visión de la diferencia humana como valor y derecho exige aislar y marginar las definiciones que han subrayado el déficit como identificación de la persona diferente y reemplazarlas por aquellas otras que generan solidaridad y dignidad. El derecho por excelencia del ser humano es el derecho a que se le reconozca como un ser diferente, pero no desigual. Lo normal es la diferencia. Las diferencias entre las personas debemos reconocerlas como diferencias y no como carencias. Debemos valorarlas como variaciones del ser humano, a pesar de sus orígenes genéticos y ambientales, pero ello no es razón para clasificar a la gente en superiores e inferiores. El reconocimiento de la diversidad no implica superioridad de unos e inferioridad de otros. Los blancos son diferentes a los negros, pero aquellos no son superiores a

esos. De lo que se trata es de que la igualdad ante la ley, la igualdad de oportunidades (u oportunidades equivalentes) y la igualdad como ciudadanía no viene determinada por la dotación genética, sino que son derechos humanos independientes de los datos biológicos. La igualdad humana es un precepto ético no un fenómeno biológico.

Necesariamente esta escuela pública que respeta a las personas en su diferencia tiene que producir malestar en una cultura escolar hegemónica que tiende a homogeneizar a su alumnado y, por tanto, a producir segregación en sus aulas. Por todo ello estoy convencido que la mejor manera de luchar contra este pensamiento segregador es convirtiendo las aulas en comunidades de convivencia y aprendizaje, que es, por otro lado, el mejor modo de buscar la calidad a través de la equidad. (SKRTIC, 1991) porque se van a reconocer las ‘situaciones diferenciales’ como oportunidades de aprendizaje para todos.

Por estas circunstancias que apunto es hermoso ver hoy en nuestras escuelas un gran número de niñas y niños procedentes de otros países en convivencia con otros niños y niñas que pueden tener distintas religiones y diferentes competencias cognitivas y culturales. Y en este vivir en la diversidad los niños aprenden a ser personas. La educación es ese espacio de convivencia donde los seres humanos nos hacemos humanos. La escuela no puede seguir funcionando de manera técnica, pensando que es una lacra social todo lo diferente, estableciendo dos tipos de intervenciones: una, desvalorizada (lo diferente) y otra, revalorizada (lo homogéneo). Mi pensamiento es que en modo alguno se ha de ofrecer un modelo de ‘especial educación’, ni a las niñas y niños de familias inmigrantes, ni a las personas con algún tipo de hándicap, el mejor modelo educativo es el de la escuela inclusiva. Ni el hecho de no conocer un idioma no le impide poder acceder a la cultura escolar igual que el resto de las niñas y de los niños, ni el hecho de tener competencias cognitivas diferentes. La educación y la cultura son las únicas herramientas que puede humanizar al ser humano y sólo así el desarrollo humano está garantizado.

De ahí la urgente necesidad de que los poderes públicos aborden la educación intercultural, a través de políticas educativas que propicien un cambio de rumbo de la escuela y de sus enseñantes. Es necesaria una nueva escuela para una nueva civilización, donde las niñas y niños que acudan a ella tengan garantizados el mismo modelo educativo independientemente de la etnia, religión, handicap o condición socioeconómica. Personalmente pienso que hoy más que nunca cobra vigencia la convicción de que es la educación la única energía posible para sacar al mundo de la enfermedad en la que se encuentra. Sólo así podremos construir el sueño de una sociedad más justa, más tolerante, más democrática y más humana.

Ahora bien esta educación en valores, necesaria en la escuela pública, cuya finalidad es formar una ciudadanía responsable, no puede ser una labor exclusiva del profesorado, sino que debe ser una tarea compartida entre las familias, el profesorado y los demás agentes educativos (ayuntamientos, organizaciones no gubernamentales, medios de comunicación, etc.). Esta corresponsabilidad educativa, además de ser un motivo ejemplar de convivencia para nuestros hijos, es un encuentro entre familias y profesorado, donde unos van a aprender de los otros y todos van a aprender juntos. Aprenderemos juntos, familias y profesorado, a comprender y valorar el papel que a cada cual nos corresponde en la educación de nuestros hijos para hacer frente a una sociedad que tiene como ‘valores’ importantes la competitividad, la insolidaridad y la ausencia de respeto a la diversidad. Sólo se rompe con ese modelo de educación antidemocrática viviendo en democracia en la escuela y los dos valores que define una situación

democrática son la libertad, que genera la virtud de la tolerancia, y la igualdad que produce la solidaridad entre todos.

¿Y cómo ha de ser la educación en una sociedad donde se está perdiendo lo más humano del ser humano, como es el amor?

La educación que ofrezca la escuela de hoy, donde se está perdiendo lo más humano del ser humano como es el amor no sólo ha de enseñar valores, sino que ha de vivirlos, no hay que enseñar cooperación, hay que vivirla desde el respeto por sí mismo que surge en el convivir en el mutuo respeto. La cooperación sólo ocurre en el amor dado que requiere confianza y aceptación mutuas, y constituye un espacio relacional completamente diferente del espacio de obediencia que tiene lugar en la dominación y el sometimiento de las escuelas.

Nuestros hijos necesitan crecer en la confianza, en la aceptación corporal sin exigencias, en el placer de estar juntos, esto es, en la cooperación, para llegar a ser individuos bien integrados y seres sociales respetuosos con la diversidad.

Cuando una escuela toma conciencia de este hecho, y abre espacios de participación, es entonces cuando se define por un modelo de educación para la convivencia democrática y para la mejora de la calidad de la enseñanza. Es decir, para la tolerancia y el respeto. Será entonces y sólo entonces cuando se subraye en el curriculum institucional que la calidad de la enseñanza está determinada por la calidad de las relaciones que se establezcan entre el profesorado y las niñas y los niños, entre las familias y el profesorado para buscar en sintonía, soluciones conjuntas a las situaciones problemáticas que se produzcan en la convivencia diaria de la vida escolar, respetando a cada uno como es y no imponiéndole los modelos educativos de la cultura dominante.

Educación, amor y ética son los tres vértices de esa figura de sociedad democrática participativa que es necesario construir en la perspectiva de un nuevo humanismo; sociedad democrática que tiene como principal protagonista a una ciudadanía participativa. No se puede aprender a ser demócrata nada más que en el seno de la democracia misma, porque ser demócrata es una actitud permanente de convivir en el mutuo respeto en un proyecto común.

El amor: un modo de (con) vivir en lo cotidiano

Se puede pensar que el amor es un tema más propio de poetas, religiosos y filósofos que de científicos. Pero no es verdad. Es algo que nos concierne a todos. Yo no voy a hablar de ese amor religioso ni poético, tampoco voy a hablar del amor trascendente, voy a hablar, sencillamente, de cómo mi vida tiene sentido si respeto a cualquier persona como es y no como me gustaría que fuera. Y eso, desde mi punto de vista, es una actitud amorosa. Es decir, cuando legítimo a una persona como persona, estoy ante una actitud amorosa. ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?

A veces las palabras pueden confundirnos. Por eso yo deseo expresar aquí que cuando hablo de amor, hablo de respeto y nada tiene que ver con ese concepto 'jabonoso' y 'manoseado' que a veces rodea a las personas excepcionales, desde pensamientos poéticos y religiosos, mi concepción de amor está relacionada sencillamente con el respeto a las personas como legítimas personas en su diferencia, independientemente del hándicap, del género, de la

etnia, religión o procedencia, en la convivencia. Sólo en el reconocimiento de las personas como personas radica el sentido de lo humano.

Muchas veces he pensado que el origen de la humanidad no pudo ser la agresividad ni la lucha ni el odio ni la venganza de nuestros primeros antepasados, sino que alguna especie de primates, aquellos que vivían en pequeños grupos y dedicados a la recolección de raíces y semillas para la supervivencia, ayudándose unos a otros, originó eso que llamamos amor. En este tipo de colectividad –pienso-- siempre se produciría una mirada, un roce, un toque corporal y todo ello debió originar lo que hoy conocemos como amor. El amor es un fenómeno que pasa. No es un objetivo a conseguir. Ocurre y punto. El amor es una emoción propia de los seres humanos, aunque MATURANA diría que es propio de todos los seres vivos.

“El amor es el dominio de las acciones que constituyen al otro como legítimo otro en convivencia con uno. Uno se encuentra con otro y, o se encuentra en las acciones que lo constituyen como un legítimo otro en la convivencia, o no. A uno le pasa eso. También le pasa a uno que se encuentra con alguien en las acciones de rechazo, negación o indiferencia como algo que le sucede a uno porque sí, desde la nada” (MATURANA, H. 1994, p. 46)

El amor no es una cosa que uno tiene y la da, sino que es un modo de vida y se inicia en la confianza desde la edad más temprana. Más aún, yo diría que el amor es un acto de confianza. Entendiendo la confianza como esa actitud permanente que legitima a cada uno como es, y donde, de entrada, está garantizada la aceptación de cada cuál como es y no como nos gustaría que fuera. La confianza, en este sentido, es el fundamento de nuestra convivencia. Los seres humanos nos enfermamos en un ambiente de desconfianza, manipulación e instrumentalización de las relaciones. La aceptación total conlleva la aceptación de sí mismo y del otro que es el fundamento de lo social. Y esto hemos de procurarlo, aunque ciertamente sea muy difícil viviendo en un mundo de desconfianza, y hemos de procurarlo sencillamente porque es necesario. Cada vez que uno respeta al otro, obtiene respeto; cada vez que acepta la legitimidad del otro, obtiene legitimidad. Si no se vive en la confianza se vive en la hipocresía y en la mentira.

La persona amorosa no tiene que ser perfecta, tan sólo tiene que ser persona. Es decir, sólo tiene que aceptar y legitimar al otro como legítimo otro en la convivencia ¿Y qué hemos de hacer, se preguntarán, para conseguir vivir en el respeto al otro como un legítimo otro?

Mirar al otro como legítimo otro en sus acciones. Las acciones de los demás en la cotidianidad de la vida misma. Por ejemplo: supongamos que un día cojo un taxi para ir a la facultad. Coger un taxi es un acto de confianza con el taxista. Mi confianza hacia el taxista implica que yo no tengo la menor duda que él vaya a conducir de manera temeraria para que tengamos un accidente. La confianza del taxista hacia mí supone que yo no le voy a asaltar una vez dentro del coche. Es cierto que él puede mirar para atrás por el espejo retrovisor, pero ese espejo está destinado fundamentalmente a otra mirada, no a la desconfianza. Nos miramos y establecemos una relación de confianza y conversamos. Es decir, la confianza es el fundamento del mismo vivir cotidiano. En ese momento el taxista y yo, basado en esa confianza mutua, legitimamos el sentido social de la vida. Es así de sencillo, no hay más.

Algunas de aquellas personas y compañeros que lea este documento se preguntarán ¿de qué mundo estoy hablando? Habla de un mundo que no existe, irreal, mágico. Y, ciertamente, las personas que se pregunten esto tendrán razón. Ciertamente vivimos en un mundo como ellos

piensan, pero que no nos gusta. Nos gustaría vivir en otro mundo ¿cómo te gustaría que fuese el mundo?

Vivimos, como decía Antonio GRAMSCI (1967), en un momento particularmente difícil porque lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no termina de emerger. Aprovechando este pensamiento de GRAMSCI y las anteriores palabras introductorias de MATURANA voy a recordar un poco el significado de la educación en la cultura patriarcal y en la cultura matrística. En este sentido lo viejo sería esa cultura patriarcal que no acaba de morir y perdura, y lo nuevo la cultura matrística, como la biología del amor.

Yo también, igual que algunos de ustedes, a veces tengo la sensación de que vivimos en un mundo (una cultura) en el que se habla mucho del amor pero que lo negamos, continuamente, en nuestras acciones ¿Por qué ocurre esto? MATURANA nos diría que ello ocurre porque seguimos inmersos en la cultura patriarcal. La cultura patriarcal, aquella que todas y todos hemos mamado, aquella que educa a los niños y a las niñas desde la edad más temprana en la colaboración, en el respeto mutuo, en la aceptación del otro y de la otra, en el compartir y en la legitimidad. Y sin embargo, la misma cultura patriarcal cuando estos niños o niñas llegan a ser jóvenes, los adultos nos olvidamos de seguir educándolos en aquella educación y les educamos en la competitividad, en la lucha, en la apropiación, en la dominación, en la negación, en la obediencia. Esta es una de las mayores contradicciones del proceso educativo de la cultura patriarcal. Las personas en la cultura patriarcal vivimos en una continua contradicción. Y solemos hablar de amor en esta cultura como una virtud que se ha de conseguir, como un objetivo a conseguir, como algo propio de la poesía, de la literatura, de la filosofía. El amor, en dicha cultura, es considerado como un bien inalcanzable o, acaso, una ilusión o una esperanza. Si embargo, para vivir en la biología del amor, nos recordará MATURANA, debemos recuperar la vida matrística de la infancia, viviendo en el amor, amando. Cotidianamente.

Lo que constituye al ser humano como tal es esta dimensión social. Lo genético no determina lo humano, sólo fundamenta lo humanizable o lo posiblemente humanizable. La genética marca itinerarios posibles, que sólo serán realidad gracias a lo social. Para ser humano, hay que vivir y crecer entre humanos. Ahora bien, si como vengo afirmando el origen de lo humano es el amor ¿qué ha pasado para vivir en la barbarie en la que vivimos?

Yo pienso que lo que está pasando es que vivimos en un mundo en el que, precisamente, se está perdiendo el sentido social de la vida como un aspecto íntimo del vivir individual, y se está perdiendo por un desmesurado énfasis en lo tecnológico y en el mercantilismo, donde la única axiología, al parecer, es la economía. El absolutismo económico es tal que se ha erigido en el poder más absoluto, empobreciendo las relaciones humanas. Vales cuanto produces y no cuanto de humanismo aportas a los demás, parece ser el lema.

Lo que necesitamos en estos momentos para recuperar lo que de humano ha perdido la humanidad es estar dispuestos a crear un mundo nuevo, un mundo de convivencia fundado en el respeto por sí mismo y por los otros. Un mundo de mutuo respeto. Un mundo humanizado donde se pueda llegar a ser *homo amans* viviendo como *homo amans*. Así de sencillo, o así de complejo se podría decir, como si de un fenómeno cuántico se tratase: o todo o nada. Lo más humano del ser humano es desvirarse por otro ser humano.

¿Queremos que nuestros hijos e hijas –quizás habría que decir nietas y nietos- crezcan como seres humanos amorosos o no?

Solemos decir que sí, pero yo pienso que ocurre todo lo contrario. Si de verdad quisiéramos ese mundo no haríamos algo distinto de lo que decimos querer. Me explico: solemos decir a nuestros hijos e hijas que queremos que sean personas solidarias y cooperativas y sin embargo le estamos empujando a diario a la competitividad, cuando la competitividad es, precisamente, la negación de la cooperación. La cooperación es central en la manera humana de vivir, como una característica de una vida cotidiana fundada en la mutua confianza y el mutuo respeto.

Decimos que debemos educar en valores y hablamos de respeto y tolerancia, de honestidad, pero le ofrecemos cotidianamente un mundo sin honestidad ni respeto. ¿Qué mundo queremos que vivan nuestros hijos? ¿un mundo de honestidad o un mundo de engaño? Todos los llamados valores, tales como: honestidad, respeto, tolerancia, sinceridad, colaboración...etc., que decimos que son fundamentales para la convivencia pertenecen al dominio del amor. También la estética, la espiritualidad y la ética pertenecen al dominio del amor. Las preocupaciones éticas, la responsabilidad y la libertad existen en el dominio del amor.

Las preocupaciones éticas, la responsabilidad y la libertad tienen lugar solamente en tanto uno puede ver al otro, a uno mismo y a las consecuencias de las acciones de uno en los otros, y uno actúa de acuerdo a sí uno quiere o no esas consecuencias. Pero para hacer esto, para tener preocupaciones éticas, para ser responsable, para ser libre, uno tiene que ver al otro o a sí mismo en su legitimidad, sin que éste requiera justificar su existencia, esto es, uno tiene que vivir en el amor.

¿Se puede aprender a amar?

Mi respuesta es muy sencilla: se puede y se debe. A amar se aprende amando. Y debido a esta sencillez se puede pensar que es ingenua y poco relevante, pero no encuentro otra, a mi juicio sólo se logrará la reconciliación del ser humano consigo mismo si somos capaces de mirar al “*homo sapiens*, como *homo amans*” y no como *homo sapiens sapiens*. Se puede decir que desde el punto de vista biológico, que en tanto animales que somos, somos *homo sapiens*, ahora bien la clase de animales que somos depende de nuestro modo de vivir; es decir, nuestra condición humana tiene lugar en la manera que tenemos de relacionarnos unos con otros en nuestra convivencia diaria. En este sentido el ser humano se convierte en un ser cultural. Lo que quiero decir es que el ser humano sólo se hace humano viviendo una vida humana y, por tanto, si dadas las circunstancias actuales las relaciones humanas y las relaciones con la misma Naturaleza están deterioradas hemos de hacer algo.

¿Qué podemos hacer? Se me ocurre que debemos educar en la construcción de un nuevo mundo basado en el respeto y en la convivencia, sólo así se podrá civilizar a la humanidad.

“Civilizar la Tierra. ¿Pasar de la especie humana a la humanidad? ¿Pero qué esperar del *Homo sapiens demens*? ¿Cómo ocultar el gigantesco y terrorífico problema de las carencias del ser humano? En todo tiempo, por todas partes, dominación y explotación han predominado sobre la ayuda mutua y la solidaridad; en todo tiempo, por todas partes, el odio y el desprecio han predominado sobre la amistad y la comprensión, por todas partes las religiones de amor y las ideologías de fraternidad han aportado más odio e incomprensión que amor y fraternidad” (MORIN y KERN, 1993, p. 227).

Un nuevo mundo de valores donde no prevalezca irracionalmente el mal uso que se hace de los avances de las Ciencias Físico-Naturales y donde se reconduzca los papeles de la Economía, de la Tecnología y de la Robótica que, en manos de los poderosos, han desarrollado el sistema neoliberal y volvamos nuestros ojos a las Ciencias Humanas como ciencias del futuro, fundamentalmente a las Ciencias Biológicas y a las Ciencias de la Educación, para superar la crisis de la civilización y la crisis de la Naturaleza. En esta superación encontraremos el verdadero sentido de lo humano. Sencillamente, el sentido de lo humano no radica en el desarrollo desenfrenado de las Ciencias de la Naturaleza y de sus productos en detrimento de las Ciencias Sociales, sino en el desarrollo equilibrado de las Ciencias Naturales y de las Ciencias Sociales y de su cultura. El desarrollo, desde un punto de vista antropológico, sólo es desarrollo si es desarrollo humano y éste sólo se produce por la educación.

Cuando afirmo que el sentido de lo humano radica en la superación de los intereses científicos-técnicos y económicos estoy refiriéndome, además, a que debemos volver la mirada hacia nosotros como personas, ya que las personas disponemos de un maravilloso y excepcional "instrumento" que es la mente humana y, por lo tanto, si sabemos adentrarnos en nuestro propio pensamiento seguro que encontraremos los medios necesarios para imaginar y crear un mundo mejor. El devenir humano en el mundo tecnológico, mercantilista y de mercado especulativo, depende sólo de lo que deseemos que sea. ¿Queremos los querer del *homo sapiens* y del *homo aggressans* o queremos los querer del *homo amans*? Esta es la cuestión de fondo que deseo plantear.

Cabría, incluso, preguntarse en este momento ¿hacia dónde nos pueden orientar las nuevas tecnologías neoliberales y postmodernistas? ¿Hacia el futuro de Aldoux HUXLEY y George ORWEL o hacia las utopías de Tomás MORO, CAMPANELLA o BACON? Más aún, ¿hacia qué modelo educativo nos conduce esta globalización y pensamiento único?

"Hoy no sólo padecemos la crisis del sistema capitalista, sino de toda una concepción del mundo y de la vida basada en la deificación de la técnica y la explotación del hombre" (SÁBATO, E. 1999, p. 105).

En fin que vivimos en una sociedad competitiva e insolidaria dominada por una cultura hegemónica segregadora y homogeneizante que establece 'las normas de juego' donde las diferencias humanas son consideradas como defecto y lacra social. El problema radica en saber cómo pasamos de una sociedad competitiva e insolidaria (excluyente) a una sociedad de convivencia solidaria. Esta es la cuestión a resolver: ¿cómo podemos hacer cambiar el rumbo de los acontecimientos para que se produzca ese cambio de pensamiento de que lo que realmente caracteriza al ser humano es el amor?

Se suele decir que todos los caminos llegan a Roma. A mí no me parece que esto sea cierto, sólo llegan a Roma los caminos que llegan a ella, otros no. Y si la 'Roma' que queremos es vivir como seres humanos, solo hay un camino: el amor. No hay mayor responsabilidad en el mundo que la de ser un ser humano. Y para vivir como ser humano, hay que ser un ser éticamente amoroso.

La ética o como mis acciones repercuten en los demás

Dice MATURANA que la ética se constituye en la preocupación por las consecuencias que tienen las acciones de uno sobre otro, y adquiere su forma desde la legitimidad del otro como un legítimo otro en la convivencia (MATURANA, H. 1994)

Ojalá cada uno de nosotros hiciéramos nuestro este pensamiento de MATURANA y legitimemos a cada persona de acuerdo a sus peculiaridades, en la convivencia. Más aún, no sólo aceptemos este pensamiento de MATURANA sino que lo aprovechemos en el campo de la educación y respetemos a cada ser humano como persona, recuperando nuestra dignidad de personas sin avergonzarnos. Donde lo humano incluya la diversidad de etnia, handicap, religión, enfermedad o procedencia y, a partir de ahí, tomemos conciencia de que no podemos, ni debemos, continuar marginando a las personas excepcionales y a las culturas minoritarias como algo ajeno a nosotros, como algo ajeno a uno mismo, porque si seguimos por ese camino estamos legitimando la exclusión, como algo así como que las personas diferentes no pueden estar en el mundo de los humanos, sino en el mundo de 'otro modo de ser humano'. Sólo en el reconocimiento de las personas como personas radica hoy el sentido de la educación inclusiva.

No hay educación si no hay un compromiso ético, afirmaba más arriba. La preocupación de mis acciones sobre otras personas es mi compromiso ético y no debo hacer algo que repercuta negativamente sobre otros. Por eso no se puede entender que en un centro educativo los alumnos reciban clases de Ética y, simultáneamente, estén conviviendo con situaciones de falta de respeto entre los estudiantes por el hecho de ser de diferente cultura, etnia o religión, o por tener un handicap determinado.

Si como digo la ética surge en ese sentimiento de preocupación que experimentamos como consecuencia de nuestras acciones sobre los otros, cuando hablamos desde la cultura de la diversidad este sentimiento de preocupación y responsabilidad nace, precisamente, cuando privamos a algunas personas de la convivencia humana sin respetarlos en su diferencia. A veces las normas establecidas, o que se generan, en las escuelas no son humanamente correctas, por eso la desobediencia a ellas se convierte en un acto de responsabilidad. Precisamente porque hay que aprender a decir No antes que cometer una inmoralidad. Y es una inmoralidad, a mi juicio, el no construir una escuela donde todas las niñas y niños puedan ser educados conjuntamente.

Cuando hablo de lo ético no me refiero a cómo ha de enseñarse la libertad, la solidaridad, la tolerancia, la justicia, etc., en una escuela; sino a la incorporación de un enfoque ético en nuestras vidas. La ética no puede convertirse en una clase donde 'se enseñan valores'. Los valores no se enseñan, se viven. Se practican. Ese es el valor moral de los valores, su puesta en práctica. Por eso la ética en educación no puede resumirse en una 'asignatura' sobre los valores, sino que es algo que se ha de vivir. La escuela pública tiene la responsabilidad de ponerlos en práctica, no enseñándolos, sino viviéndolos en sus aulas.

Efectivamente no se puede enseñar ética y valores al margen de un compromiso y un comportamiento socio-histórico concreto. Si la ética es eso que conocemos como 'lo bueno'...hay otra ética que se nos impone desde el pensamiento neoliberal que reina en nuestras escuelas, que va en contra, precisamente, de eso que denominamos 'como bueno'. Frente a esa ética hegemónica neoliberal, los educadores tenemos que hacer práctica de la ética de la educación que va en contra de aquella primera, siendo coherentes entre nuestro pensamiento y nuestra acción y no nos podemos 'escudar' en expresiones tales como las que suelo oír cuando

voy de visita a algunos colegios: “*que sí, que las personas diferentes se deben educar en una misma escuela con todos juntos, pero debes comprender que es algo muy difícil y por eso tiene sentido que los niños salgan de clase y reciban un refuerzo...*”.

Ciertamente el proceso de inclusión en los colegios es algo difícil, pero aunque sea muy difícil es algo necesario y, por tanto, hay que hacerlo. Porque si no es así lo que ocurre es que nos instalamos en la ‘*cultura de la normalidad*’ de que *las cosas son así* y no podemos hacer nada contra ese pensamiento neoliberal. Tenemos que desinstalarnos de esa cómoda ‘normalidad’ para derrotar esa cultura inmovilista. Hemos de luchar contra ese mundo perverso, porque si no lo hacemos, los perversos seremos nosotros. O inmorales o cínicos. Se me puede decir que este es un pensamiento radical y que hoy hay que ser más tolerantes. Pues bien, soy radical, pero en el sentido de buscar la raíz de la cuestión, pero no soy nada dogmático, al contrario muy tolerante. Ahora bien la persona tolerante no puede renunciar a su sueño de luchar por un mundo mejor. La tolerancia es la sabiduría de convivir con el diferente pero ‘peleando’ con el antagónico. La tolerancia es una virtud revolucionaria y no liberal conservadora. Así que no me hablen de tolerancia los que son intolerantes y no respetan a las personas diferentes en su diversidad. No se puede ser tolerante con los intolerantes.

Como consecuencia lógica de nuestro compromiso ético y sabiendo que de lo que se trata es de formar individuos libres mediante la educación, nunca el conocimiento puede ser entendido y usado como un instrumento de dominación y/o enajenación. La educación es un modo de controlar esa maldad o mejor dicho la educación es un modo de guiar la bondad, la verdad y la belleza. Pero como estos valores han sido desvirtuados como consecuencia de esta sociedad de la globalización y del pensamiento único en la que nos encontramos atrapados, el ser humano se ha convertido en una mercancía más, todo se compra y todo se vende, hasta el conocimiento, deshumanizándolo. Por eso hemos de reemplazar el conocimiento cosificado de la sociedad neoliberal por el amor como medio del progreso humano. En este sentido –nos recordará MATURANA, 1994-- amor y conocimiento no son dos cosas alternativas, sino que el amor es el fundamento de la vida humana y el conocimiento sólo un instrumento de la misma.

Desde este punto de vista, mi pensamiento es que la escuela pública en estos momentos anda necesitada de un nuevo proyecto educativo que haga realidad la inclusión en sus aulas. Un nuevo modelo educativo que ha de construirse sobre la base de la comprensión de que todas las personas que acuden a la escuela son competentes para aprender y deseosas de aprender. Aceptar este principio es iniciar la construcción de un nuevo discurso educativo al considerar la diferencia en el ser humano como un valor y no como defecto y, a partir de ahí renacerá una nueva cultura escolar que respetando las peculiaridades e idiosincrasia de cada niña y de cada niño evitará las desigualdades, una cultura de una escuela sin exclusiones.

Educación, amor, ética...caminos para construir un sueño: la escuela inclusiva

Durante mucho tiempo se ha pensado que la educación inclusiva consistía en “integrar” niñas o niños con algún tipo de handicap en la escuela, pero sin que ello significara ningún tipo de cambio en la misma, y lo que es peor aún, sin que cambiase nada el pensamiento del profesorado ni su práctica educativa. A mi juicio la educación inclusiva es la lucha contra la segregación, porque lo que está en juego no es que las personas diferentes aprendan más o menos estando con el resto de las niñas y de los niños, sino que la escuela pública tiene que

ofrecer otro modelo educativo donde aprendan todos juntos a convivir. Es decir, una educación que valore la diversidad cognitiva, cultural y lingüística y combata la discriminación y el racismo.

A veces no se tiene claro de qué hablamos cuando hablamos de educación inclusiva. Hablar de educación inclusiva no es hablar de integración. La educación inclusiva es un proceso para aprender a vivir con las diferencias de las personas. Es un proceso de humanización y, por tanto, supone respeto, participación y convivencia; sin embargo, la integración hace alusión a que las personas diferentes y los colectivos minoritarios se han de adaptar a una cultura hegemónica. Más aún, la educación inclusiva es un discurso que trasciende la filosofía de la integración, apoyada en modelos de clasificación y de atención a la norma, porque el concepto de normalización radica en reconocer que lo más natural del mundo son la diferencias entre las personas y no en ocultarlas, siempre y cuando la sociedad sea éticamente madura para comprender que todas las personas han de tener la misma igualdad de oportunidades que el resto de la humanidad para vivir su propia vida con dignidad. Por ello hemos de devolverle a las personas diferentes y a las culturas minoritarias la voz que durante tanto tiempo les ha sido negada y apostemos por una escuela que luche por el derecho a oír a las voces excluidas, como apuntaba BERSTEIN (1990): más allá del derecho a ser incluido, que lleva implícito el subderecho a la separación, es el derecho a no ser excluido. La inclusión opera al nivel de lo social, la exclusión en el ámbito de la moral y de la ética.

Ahora bien, no se trata de una mera utopía ni de nada abstracto el proponer una escuela donde se viva en democracia, en convivencia y en respeto. Nosotros, los enseñantes, nos movemos en un espacio de realidad y no de verdad. Y lo que hay que conservar es ese espacio de convivencia en la democracia. Si no hay convivencia no puede haber ni crecimiento humano ni aprendizaje. La democracia es el espacio de convivencia en la colaboración, en el respeto mutuo y en la no obediencia; es decir, en la preocupación por los otros, y así es como surge el ethos democrático. Como dice Adela CORTINA: "el ethos democrático equivale a decir individuo moral, cultural, socialmente autónomo. Sin esta responsabilidad democrática, la democracia declina. La difusión hegemónica de la personalidad democrática es el único fundamento de la democracia, su única posible garantía". (CORTINA, A. 1992, p. 76).

La democracia sólo se puede dar en la diversidad. La democracia necesita de actitud y comportamientos democráticos para ser democracia. Y, en relación con las personas excepcionales, este ethos democrático requiere que se les respete y se les contemple en su diferencia, sin marcar desigualdades. Cuando no se entiende el valor de la igualdad como respeto a la diferencia se produce la tiranía de la igualdad, que es un trato idéntico a cada persona sin contemplar sus peculiaridades cualitativas.

Hay que evitar caer en la tiranía de la normalización. El establecer normas generales sin contemplar las diferencias individuales representa más un acto de poder que de comprensión y respeto a la diversidad. Así que cuando una ciudadana o un ciudadano no se acomodan a la norma impuesta, no se analiza la norma para comprobar si es perjudicial o no, sino que se le exige a la persona con algún tipo de handicap que cambie y si no es así se intenta que se adapte a ella y punto. Así en un mundo donde se valora la habilidad física y un cuerpo 'perfecto' una persona en silla de ruedas empieza a relacionarse con una gran desventaja. Si esta persona no se acomoda a ese espacio físico, no sólo no se humaniza el espacio, sino que se le subraya su incapacidad para moverse por él y por tanto su inadaptación al medio. De ahí que sea necesario un cambio cultural donde sean los sistemas los que cambien y no las personas. "Por

consiguiente, el cambio se debe situar en la sociedad y no en el individuo. Para que los discapacitados adquieran el status de ciudadano que los otros ya disfrutan, se necesita una legislación contra la discriminación, que consagre y proteja sus derechos" (BARNES, 1991. Cit. por BARTON, L. 1998, p. 173).

El cambio social está basado en el cambio político y, hasta el momento, la influencia del modelo médico-psicológico es muy grande tanto en lo educativo como en lo social y en lo político. Por eso poner en entredicho el modelo médico-psicológico significa desafiar las normas, los valores y las expectativas sociales dominantes. Como muy a menudo estas acciones sociales son de ámbito político, hay que recordarle a los gobiernos pertinentes si están o no cumpliendo con los derechos fundamentales, aquellos que tenemos todas las personas por el mero hecho de ser persona, y aquellos otros derechos que debemos disfrutar como ciudadanía. La labor en este sentido es grande: se trata de pasar de la opresión y de la tiranía de la inadecuada aplicación de las leyes, con respecto a las personas diferentes, a su realización correcta. Las personas diferentes no necesitan conmiseración ni 'palmaditas' en las espaldas sino respeto, libertad, igualdad y dignidad. Es decir, que el paternalismo, la filantropía y la caridad institucional deben dar paso a la confianza en las personas diferentes para que éstas tomen el control de su propio proceso de emancipación, construcción y representación de una nueva imagen social como señas de identidad de su propia normalización y como recurso para disminuir la opresión social.

La escuela inclusiva no es una 'extensión' de la mal interpretada integración escolar. Lo que significa inclusión es un proceso por el que la escuela debe dar respuesta a las necesidades que presenten todos y cada uno de los escolares que acudan a sus aulas, sin exclusión, no sólo en el ámbito físico de la clase, sino en el del currículo también. Esto que afirmo no es sencillo, es muy complejo, porque supone romper con los etiquetajes y las clasificaciones que se hacen de las diferencias y peculiaridades de los niños y de las niñas en las escuelas, que más que un elemento clarificador de las competencias cognitivas y culturales como suelen afirmar algunos 'técnicos' se convierten en un motivo de segregación, porque el profesorado amparándose en la necesidad de que hay que proporcionar una cultura escolar ofrece un curriculum homogéneo para todos, independientemente de las peculiaridades de cada cual, donde el aula se convierte en un espacio competitivo y no en una comunidad de convivencia y aprendizaje donde los niños comprenden y respetan que otros niños pueden tener dificultades para aprender pero que si el aula se organiza de otra manera donde se trabaje en grupo, unos a otros se pueden ayudar. Pero para ello se necesita otro estilo de maestra y de maestro que sepa organizar estos espacios democráticos de tal manera que cada aula se convierta en un lugar de aprendizaje compartido y autónomo, y la escuela, toda ella, se transforme en un lugar donde el respeto, la generosidad y la libertad sean las señas de identidad de la convivencia democrática. Una convivencia democrática donde las familias y el profesorado se unan en la noble tarea de una educación compartida.

Este reto no es sólo del profesorado, aunque es piedra angular, sino de toda la comunidad escolar. Cuando hablo de comunidad, no sólo incluyo a las familias y al entorno social cercano, sino también a la Universidad. Y lo hago porque es absolutamente necesario que el profesorado universitario tome conciencia de que es aquí donde los estudiantes que desean ser docentes deben ir adquiriendo el conocimiento y las actitudes sobre lo que conlleva la educación inclusiva. Esta responsabilidad de la Universidad exige que todo el profesorado cambie su modelo de formación segregador, dado que muchos de ellos enseñan considerando la

diferencia humana como una desgracia o un defecto (Modelo Deficitario) que como algo valioso.

Mi experiencia en este sentido, cada año que imparto clase en la Diplomatura de Educación Especial, es que mis estudiantes se rebelan contra mí cuando les hablo de la cultura de la diversidad como la cultura que no debe permitir que ninguna niña ni ningún niño quede fuera de la clase ni por el género, ni por la etnia, ni por el handicap, ni por la religión, ni por la procedencia. Y que lo más hermoso que debe fomentar la escuela pública es el respeto a la diversidad a través de un currículum inclusivo (sin adaptaciones curriculares) y con una enseñanza comprensiva con grupos heterogéneos. Como digo, mis estudiantes se rebelan contra mí, porque dicen que a ellos en los dos años anteriores les suelen hablar desde el Modelo Deficitario. Este cambio que exijo a mis estudiantes en su forma de pensar y de actuar produce muchos conflictos. Conflictos que se alargan durante bien avanzado el cuatrimestre. Después del conflicto cognitivo y cultural llega la comprensión, no se muy bien si el cambio y la transformación mental (cambios en sus discursos, en sus comportamientos, en sus acciones, en sus pensamientos), pero si manifiestan verbalmente un deseo de iniciar procesos de cambio.

Esta es la situación que me gustaría vivir con todos aquellos que lean este artículo, un conflicto cognitivo y cultural, un cambio de paradigma desde la revisión de nuestras prácticas educativas. Sólo desde un análisis sincero de nuestra propia experiencia y de sus problemas asociados podremos iniciar la práctica inclusiva. No podemos leer un libro para ver una sola cara de la moneda, la del discurso teórico de la inclusión, sino la cara oculta de la misma. Si somos sinceros y dejamos ver esa cara oculta podremos saber si nuestra actuación responde a las necesidades de las personas diferentes. Sólo así podremos decir que nuestra enseñanza es una enseñanza educativa porque los primeros que debemos cambiar somos el profesorado.

¿Cuál es el modelo educativo que desarrollamos en clase a diario? ¿Es un modelo técnico de enseñanza? (el profesor como técnico) ¿Es un modelo interpretativo? (el profesor como reflexivo) ¿O es un modelo crítico? (el profesor como comprometido social). Hemos de hacer investigaciones en este sentido para saber afrontar cuál debe ser la formación necesaria del profesorado para abordar la cultura de la diversidad. Sin lugar a ninguna duda si queremos que se produzcan cambios en nuestras escuelas hemos de desarrollar experiencias investigadoras en la que el protagonista sea el mismo profesorado. Sólo así podremos comprender, de boca de los propios actores, cuáles son sus necesidades de formación, tanto inicial como permanente, cuáles son sus debilidades metodológicas, sus frustraciones, sus miedos, sus prejuicios, etc; sobre la cultura de la diversidad. En este sentido me atrevo a apuntar algunas estrategias de enseñanza para la construcción de un currículum alternativo que de respuestas a la diversidad sin que se produzca ningún tipo de exclusión partiendo de algunos principios teóricos: el socioconstructivismo (LURIA, VYGOTSKY, LEONTIEV, BRUNER), las teorías sobre la inteligencia múltiple (GADNER, STENBERG, GOLEMAN, FEUERSTEIN, MATORANA, etc), el mundo de las emociones y de los sentimientos (MATORANA) y de la comunicación y el diálogo (HABERMAS). En este sentido nos atrevemos a señalar como uno de los modelos más completos el que venimos aplicando el profesorado del Proyecto Roma (LÓPEZ MELERO, M. 2003 y 2004). ¿Cuándo aprenderemos el profesorado que es más importante, o tan importante, aprender a resolver problemas de convivencia que problemas matemáticos? ¿Cómo construir una escuela sin exclusiones? Sencillamente respetando a las niñas y a los niños en su diferencia como derecho humano y como valor. Las niñas y los niños que acuden a la escuela no son niñas ni niños imperfectos, sólo son eso: niñas y niños. No son seres inmaduros e incompletos, porque no les falta nada de

lo peculiar de ser niña o niño; son, sencillamente: niños. Y en ese ser niños se puede ser negra, pobre, esloveno o colombiano, ser síndrome de Down, padecer una enfermedad contagiosa, ser paralítico cerebral o ser sencillamente niña o niño, y nada de esto configura un defecto ni una lacra social, sino un valor. La naturaleza es diversa y no hay cosa más genuina en el ser humano que la diversidad. La cualidad más humana de la naturaleza es la diversidad. Y lo mismo que no hay dos amapolas iguales, no existen dos personas iguales. No existe Historia de la Humanidad si no existen niñas y niños. No existe Historia de la Humanidad si no hay historia de la diversidad. La Historia de la Diversidad es la Historia de las niñas y de los niños.

Quizás el verdadero descubrimiento en el ser humano no consista en buscar nuevos paisajes sino en poseer nuevos ojos (PROUST, 1997). Eso es lo que yo he hecho durante toda mi vida, mirar de otra manera a las personas consideradas socialmente como “diferentes” y convivir con las culturas minoritarias. ¿De qué manera? De aquella que me ha hecho a mí crecer como persona.

Y al final una idea más

Probablemente vean que mis palabras están cargadas de utopía. Efectivamente, soy utópico, porque la educación es utopía, y la utopía yo la considero como esa añoranza hacia un mundo mejor. En ese sentido deseo ser utópico ¿acaso es posible una educación en valores desvinculada de una dimensión utópica? Educación, amor y ética estos son los caminos para construir ese sueño que es la educación inclusiva. Es necesario construir este sueño en la perspectiva de un nuevo humanismo donde los valores fundamentales sean la libertad y la igualdad.

La utopía no puede morir. Si se secan los manantiales utópicos, la vida de los seres humanos se transforma en un desierto donde sólo florecerían el conformismo, la apatía, la trivialidad y el oportunismo: la deshumanización humana. Hoy más que nunca hay que recordar las palabras de Oscar WILDE: *"El mapa que no contenga el país de la utopía no merece una mirada"* (WILDE, O. 1985). El concepto de utopía va unido a la idea de la construcción de un mundo mejor, de una sociedad mejor y de los cambios y transformaciones necesarias para conseguirlo. Siempre expresa un ideal de cambio hacia algo nuevo y mejor.

Esta visión del concepto de utopía unido a los términos de respeto, justicia y dignidad humana, rompen con el concepto peyorativo de la utopía como algo irrealizable, y se inserta en el vivir y en el convivir humano como algo que 'no es, pero que podría ser' (pragmautópico, dice EISLER 1995). Así es como el poeta hace visible, con su mirada poética, lo que ha quedado oculto por la historia, ya que revela aspectos y dimensiones de lo humano que habiendo sido fundamentos del vivir humano, han quedado sumidas o escondidas bajo otras en la transformación cultural de la humanidad, pero que no han desaparecido y con sus emociones y sentimientos nos hacen sentir qué mundo queremos vivir. Más aún, nos devuelve la ilusión y la responsabilidad de elegir qué mundo queremos vivir, como un mundo de respeto, cooperación, justicia, tolerancia, bajo la emoción fundamental del amor. Sin embargo, la globalización económica está unida a la ciencia ficción al mostrarnos un mundo de enajenación cultural, abusos, jerarquías, agresión, discriminación y obediencia. Vivimos bajo *"la injusticia globalizada"* (José SARAMAGO, 2002), donde la competitividad, el individualismo, la intolerancia, la injusticia, etc. son los (contra)valores que imperan y caen como una losa contra aquellos que luchan contra la globalizada injusticia. Como dice Henry GIROUX: 'la utopía de los proyectos democráticos en desarrollo radica tanto en criticar el orden existente de las cosas

como en utilizar el ámbito cultural y educativo para intervenir de manera directa en el mundo y para luchar por el cambio de la actual configuración del poder de la sociedad" (GIROUX, H. 2001, p. 129).

Por ello quiero terminar este escrito de Homenaje al profesor Ramón Porras recordando unas palabras de Eduardo GALEANO. Cuenta Eduardo GALEANO que estaba con un amigo suyo, Fernando BIRRI, un tipo muy lindo, cineasta latinoamericano, de esos que Pablo FREIRE quería, o sea locamente sano y sanamente loco, que está más loco que sano pero... bueno, nadie es perfecto. Decía que estaban juntos Eduardo y Fernando con estudiantes en Cartagena de Indias, en Colombia. Entonces un estudiante le preguntó a Fernando que... ¿para qué sirve la utopía? Y Fernando BIRRI le dio la siguiente respuesta: "¿Para qué sirve la utopía? Es una pregunta que yo me hago todos los días, yo también me pregunto para qué sirve la utopía. Porque la utopía está en el horizonte y entonces si yo ando diez pasos la utopía se aleja diez pasos, y si yo ando veinte pasos la utopía se coloca veinte pasos más allá; por mucho que yo camine nunca, nunca la alcanzaré. Entonces para qué sirve la utopía, para eso, para caminar.

Así que, gracias, querido Ramón, por tu caminar y por mostrarme tu camino.

Referencias

- ADORNO, T. W. (1998): *Educación para la emancipación*. Morata, Madrid.
- BARTON, L (1998): *Discapacidad y Sociedad*. Ed. Morata. Madrid.
- BERSTEIN, B. (1993): *La estructura del discurso pedagógico*. Ed. Morata. Madrid
- CORTINA, A. (1997): *Ciudadanos del mundo*. Madrid. Alianza.
- EISLER, R. (1994): *El Cáliz y la Espada. La alternativa femenina*. Madrid. Cuatro Vientos Martínez de Margúa.
- FREIRE, P. (1969). *La Educación como práctica de la libertad*. Montevideo, Tierra Nueva.
- FREIRE, P. (1990): *La naturaleza política de la educación. Cultura, poder y liberación*. Ed. Paidós. MEC. Madrid.
- GIROUX, H. (2001). *Cultura, política y práctica educativa*. Barcelona. Grao
- GRAMSCI, A. (1967): *La alternativa pedagógica*. Ed. Fontamara. Barcelona
- HABERMAS, J. (1999): *La inclusión del otro* Ed, Paidós, Barcelona.
- LÓPEZ MELERO, M. (2000a): "Cortando las amarras de la escuela homogeneizante y segregadora". En *Alas para volar*. Univ. de Granada. Granada.
- LÓPEZ MELERO, M. (2003): *El Proyecto Roma: una experiencia de educación en valores*. Ed. Aljibe. Málaga
- LÓPEZ MELERO, M, MATURANA ROMESIN, H., PÉREZ GÓMEZ, A.I., y SANTOS GUERRA, M.A. (2003): *Hablando con Maturana de educación*. Ed. Aljibe. Málaga.
- LÓPEZ MELERO, M. (2004): *Construyendo una escuela sin exclusiones. Una forma de trabajar en el aula con proyectos de investigación*. Ed. Aljibe. Málaga
- MATURANA, H. (1994): *El sentido de la humano*. Ed. Dolmen. Santiago de Chile. Chile.
- MATURANA, H. (1998): *Transformación en la convivencia* Ed. Dolmen. Santiago de Chile. Chile.
- MORIN, E. y KERN. A.B.(1993): *Tierra Patria*. Ed. Kairós, Barcelona
- PROUST, M. (1997): *En busca del tiempo perdido*. Madrid. Alianza.
- SABATO, E. (1999): *Antes del fin*. Seix Barral Editores. Barcelona.
- SARAMAGO, J (2002).

SKRTIC,, T. M. (1991).: “ Students with special educational needs: Artifacts of the traditional curriculum”. En AINSCONW, M. (ed): *Effective Schools For All*. Londres, Fulton.

STAINBACK, S., y STAINBACK, W. (2001).: *Aulas inclusivas. Un nuevo modo de enfocar y vivir el currículo*. Madrid: Narcea.